

Jaime Ferri Durá*

Cotarelo, Ramón:

El sueño de la verdad.

Los conflictos en la sociedad abierta

Los Libros de la Catarata, Madrid, 2012, 127 pp.

Subirats, Joan:

Otra sociedad, ¿otra política?

De “no nos representan” a la democracia de lo común

Icaria editorial, Barcelona, 2011, 103 pp.

Los libros que se reseñan tienen un objeto similar, en síntesis, analizar algunos de los más importantes cambios que, en el ámbito de la política, se están produciendo en nuestras sociedades en relación con las *nuevas* formas de comunicación y participación, con especial atención a España, durante los últimos años; para ello ambos autores adoptan un enfoque similar, en general, descriptivo y explicativo, y cuando la observación ocasionalmente lo requiere, más propositivo. Todo ello escrito con claridad y sencillez, con afán de ser asequibles a la mayor parte de la ciudadanía, cabe intuir; pero sin renunciar a los requisitos de rigor y precisión que requiere la aportación académica. Pues se trata de dos reputados profesores, ambos catedráticos de ciencia política, que también intervienen con frecuencia en los medios de comunicación más habituales, prensa, radio, televisión, Internet, a los que en sus respectivos libros, aquí comentados, dedican una singular atención, dado el protagonismo que dichos medios han adoptado en la esfera pública contemporánea; es uno de los cambios que está muy presente en sus análisis.

El libro de R. Cotarelo tiene una estructura sencilla que también facilita su lectura y comprensión, la primera parte se dedica a la teoría, y en ella se repasan cuestiones referidas a “La sociedad abierta y sus enemigos” (K. Popper, 1972),

* Profesor Titular del Departamento de Ciencia Política y de la Administración II, y Vicedecano de Estudios y Asuntos Económicos, de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la Universidad Complutense de Madrid.

a los proyectos revolucionarios de la posmodernidad, a la posición de los países del Tercer Mundo, y para concluir la primera parte, hace un somero repaso de los principales puntos de interés de algunas de las actuales teorías sobre la democracia. En la segunda parte se abordan tres “estudios de caso”, podría decirse, sobre los que se desarrollará la teoría antes expuesta: el 15-M, los sucesos entorno a R. Murdoch y el asunto Wikileaks. Todo ello expuesto citando las fuentes y sin dar nada por supuesto, pero sin recargar la redacción, utilizando un lenguaje accesible, incluso para los no iniciados.

El libro de J. Subirats es menos canónico en el sentido apuntado, ya que ofrece pocas referencias de otros autores y no cita las fuentes cuando lo hace, quizá por su afán de aproximarse a un público más amplio, por lo que quizá también es algo más desiderativo; aunque su escritura sigue las pautas universitarias de coherencia y rigurosa lógica. La estructura y la concepción de su libro es más directa pues, inmediatamente, en la Introducción, ya plantea algunas de las dificultades cotidianas del presente de la política. En especial, con partidos e instituciones —de los que explica— que están fuera de las expectativas de participación de “la gente” que utiliza formas nuevas y alternativas, como las redes sociales; lo que exige a los partidos políticos no centrar “su actividad en el acceso al poder, en la selección de las elites que deben goberarnos” (p. 9). En ese sentido hay que agradecer al 15-M que la política haya vuelto a formar parte del debate cotidiano, opina nuestro autor. Quien de este modo, por los cambios operados en los escenarios y en la vida, entiende que hay una necesidad de cambiar la política y las políticas, avanzando hacia una democracia que represente mejor el mundo que nos es común, término e idea sobre la que insiste a lo largo de toda la obra. Pues la democracia representativa e institucionalizada, “capturada en gran medida por las elites mercantil-financieras, (que) en estos momentos parecen ser más impedimento que palanca de cambio” (p. 12). Lo que le lleva a preguntarse, en el primer capítulo, por la democracia qué tenemos y por la qué queremos. Su respuesta es clara: “Hemos pasado del conflicto social que buscaba respuesta en el sistema democrático, a un conflicto social que entiende que no hay respuesta posible sin transformar y modificar también el propio sistema democrático...(Así) tenemos conflicto social y conflicto político” (p. 14). Pues la democracia, siguiendo a Pierre Rosanvallon, cita el autor, se sustenta en dos ficciones; por un lado, la que entiende que disponer de la mayoría por parte de la opción más votada implica automáticamente que esa opción expresa la voluntad general (cuando la elección, de hecho, es un mecanismo técnico para seleccionar gobernantes). Siendo la otra ficción o equívoco que “el triunfo mayoritario el día concreto de las elecciones y, por consiguiente, la legitimidad conseguida ese día, se traslada automáticamente a todo el tiempo en que va a durar el mandato” (p. 15). De ese modo, resumiendo, las instituciones concebidas en una determinada época, para determinadas demandas, hoy ya no responden; el mercado y el poder económico se han globalizado, mientras las instituciones políticas y el poder que disponen siguen anclados al territorio. Donde los problemas de la mundialización económica y de la individuación se manifiestan a diario. El

Estado pierde peso por todas partes (en esquema, hacia arriba por las instituciones supraestatales, hacia abajo por los procesos de descentralización, y hacia los lados por la gestión privada, las ONG'S, entre otros), dejando de ser la representación democrática de los individuos, para ser un actor más en la arena política, y no el más fuerte en la nueva dinámica del mercado global. De ese modo, los poderes públicos son cada vez menos capaces de condicionar la actividad económico-empresarial y en cambio las corporaciones siguen influyendo a unas instituciones que no disponen de capacidad para equilibrar ese juego; y tampoco parece que quieran. Entre otros problemas planteados, finalmente, se formula la pregunta: “¿cómo avanzamos hacia un mundo en el que los ideales de libertad e igualdad puedan cumplirse de manera satisfactoria, incorporando además la aceptación de la diversidad y de una mejor integración entre individuo y naturaleza,...en un escenario que ya es irremisiblemente global? La respuesta sigue siendo: democracia” (p.25). Pero una democracia que recupere el sentido transformador, igualitario y participativo que tenía hace años; que supere la visión utilitaria, minimalista y encubridora de profundas desigualdades y exclusiones que ahora tiene en muchas partes del mundo.

En la obra de R. Cotarelo hay, como se anticipaba, una primera parte dedicada a exponer elementos del pensamiento teórico que pueden servir para analizar “casos” concretos de la actualidad comunicacional que luego presentará. Así, sus primeras páginas están dedicadas a exponer lo que significa e implica “la sociedad abierta” que propuso Karl R. Popper en un afamado texto titulado *The Open Society and its Enemies* (1972), que vino a equipararse con la sociedad liberal, caracterizada por tener un gobierno democrático y sometido a la ley (conforme con Estado de derecho), responsable, transparente, público (sin secretos); frente al totalitarismo comunista. Entrando enseguida en lo que el autor considera el meollo de la cuestión en relación a la teoría de democracia y, por ello, de la sociedad abierta, “saber qué y cuáles verdades son convencionales y dependen de las mayorías y qué y cuáles verdades están a salvo de las decisiones mayoritarias. Según qué posición se adopte se es más o menos liberal, más o menos conservador y más o menos de derechas o de izquierda” (pp. 15-16). Aspectos que no están presentes en los mercados, que dejados a sí mismos, pueden hacer posible, entre otras barbaridades, desde la venta de esclavos a la explotación de niños; en razón de que los *famosos* mercados no tienen principios éticos, éstos tienen que venirle de fuera, del Estado. Por lo que la batalla teórica en el mercado está referida a cuál y cuánta sea la intervención estatal. Como quiera que en la sociedad abierta —continúa explicando R. Cotarelo— y, en especial, en la posmodernidad, no hay grandes relatos, no hay sistemas, no hay verdad fuera de las que los seres humanos nos construimos, “la verdad es interpretación” (citando a Vattimo, 2003:159); planteamiento que rememora el título de su libro (El sueño de la verdad), que quizá también tenga alguna relación con el título del grabado de Goya: “El sueño de la razón produce monstruos”. Entre el sueño, la razón, la verdad, y los monstruos que produce alguno de los anteriores se desarrolla el argumento

de la obra. Y en cualquier caso, “en una sociedad abierta no hay discurso dominante y todos pugnan por dominar” (p. 18).

Entre otras consecuencias, el autor entiende que la sociedad abierta admite discursos alternativos y antagónicos; pero los sistemas mediáticos de las sociedades abiertas suelen estar muy sesgados y no son abiertos, según suele considerar la izquierda. Por lo que “Funcionan como agentes políticos de hecho, pues cuando no se presentan como órganos indirectos de un partido, influyen sin más en el funcionamiento ordinario del sistema político, lo condicionan” (p. 20). Pues no todo es abierto en las sociedades abiertas, en la actualidad la Iglesia católica y el capital financiero son sus enemigos, denuncia el autor; pues aun cuando la primera se adapta a dicha sociedad, no puede admitir la relatividad de los valores (principio incuestionable de dichas sociedades). Y el capital financiero “supedita todos los derechos (singularmente los fundamentales) y la legitimidad misma de la democracia y la sociedad abierta al afán de lucro, utilizando los medios de comunicación para distorsionar el debate e imponer una especie de totalitarismo suave”. De esa forma, la cuestión está en saber si la sociedad abierta dispone de medios para neutralizar a los enemigos que alberga en su seno y de qué tipo sean estos.

Pregunta que plantea R. Cotarelo pero que no responde, al menos, inmediatamente; pues a continuación observa “el ocaso de los proyectos revolucionarios en la posmodernidad”, título del cap. II. Donde plantea la desaparición de proyectos alternativos globales, generalmente de origen marxista, que dejan a la izquierda en un espacio reducido, sin capacidad para desarrollar sus propuestas que presentadas como “transformadoras” y “radicales”, sólo parecen “parches ocasionales” (p. 25). A pesar del gran esfuerzo intelectual realizado tras las ideas de progreso, de razón, que llevan hasta considerar que para salir de la crisis el único modo es el *decrecimiento*. Idea que contradice de plano el afán de lucro, motor de la economía, que sólo podría suprimirse, si acaso, por ley; con lo que la democracia pasaría a ser tiranía y la sociedad dejaría de ser abierta. Y son las sociedades abiertas, llenas de defectos también, las que al tiempo tienen la virtud de posibilitar resolverlos; como “las instituciones democráticas que no solo son capaces de reformar la sociedad en que se dan, sino también de reformarse a sí mismas, integrando la crítica venida desde fuera” (p. 32).

Pero esa sociedad abierta capaz de hacer frente a la guerra, y a la guerra fría, en el relato que hace el autor, incluso a los proyectos revolucionarios que condujeron a una buena parte del mundo a una situación sin salida, se enfrenta ahora a una crisis inesperada, la más grave que ha padecido el capitalismo; situación en la que tiene una importancia capital las relaciones de las antiguas metrópolis (sociedades abiertas), y las antiguas colonias, el “Tercer Mundo” (en camino de convertirse en sociedades abiertas también). Tercer Mundo *emergente*, producto del eurocentrismo que en parte está cumpliendo el papel que Occidente le había enseñado y prescrito, aun a costa de conducir de ese modo a las antiguas metrópolis a una situación *sin salida*.

Todo lo que es analizado con detalle y solidez por el autor en el Cap. III, “La traición del tercer Mundo”, donde asimismo afirma que éste “ha pasado

de ser el paño de lágrimas de la mala conciencia occidental a constituirse en un peligro cierto y real para la supervivencia de Occidente; y, por supuesto, lo que está aquí al tiempo en juego es la supervivencia de la sociedad abierta que encuentra algo, innova, o perece” (p.45), es la conclusión que, después de repasar el extenso recorrido realizado, desde los tiempos coloniales, alcanza el autor, quien aún observa que “si se desmantela el Estado del bienestar es legítimo reabrir la cuestión revolucionaria. Pero con una importante salvedad: la revolución debe ser pacífica, estrictamente no violenta y democrática. Y de la democracia es de lo que hay que hablar ahora” (p. 48), concluye R. Cotarelo.

J. Subirats, siguiendo la misma estela de pensamiento, que ya hemos adelantado anteriormente, y observando la crítica que realiza a la democracia que “tenemos”, plantea que se deben impulsar nuevas experiencias y procesos participativos, especialmente en el Cap. II de su libro: “¿Internet y democracia?, ¿qué efectos tiene la generalización de Internet en ese escenario?”. Donde formula “tres interesantes (y no obligatoriamente excluyentes) posibilidades para Internet y las TIC (tecnologías de la información y la comunicación) en relación a la democracia política. Pueden agravar los problemas que hoy presenta la democracia representativa, pueden ayudar a solucionar o superar esos problemas, o pueden crear problemas nuevos que las propias TIC no sean capaces de resolver” (p. 30). Considerando que, en esquema, hay dos posiciones, los pesimistas que recuerdan, aparte de que la radio y la TV ya convirtieron a la política en algo “casi virtual”, que “Internet permite un exhaustivo control de datos, un sofisticado marketing político y configura altas posibilidades de manipulación informativa con poco margen para generar cambios” (p. 30). Si bien, enfrente señala que están los “ciberoptimistas” que “consideran que Internet y las TIC, favorecen un más fácil acceso de la ciudadanía a las actividades del gobierno, transformándolo en un ente más controlable y con menores posibilidades de ejercer un control jerárquico sin los adecuados contrapesos y limitaciones” (p. 31). Posteriormente el autor recuerda la afortunada expresión de Mark Poster, Internet no es un <martillo> nuevo que sirve para clavar más deprisa o con mayor comodidad los <clavos> de siempre; indagando y matizando nuestro autor en las posibilidades de las nuevas tecnologías para distintas concepciones y procesos de la política, estableciendo en cada caso, como es la respuesta más frecuente; siendo en general limitadas las posibilidades que se han desarrollado. Entre otras razones, porque “El problema clave es dilucidar si los cambios tecnológicos generan o al menos permiten cambios en la estructura de poder”, alcanzando a ver que “con la incorporación de las TIC en el funcionamiento actual del sistema político-administrativo, laten perspectivas estrictamente <mejoristas>, pero para nada transformadoras” (pp. 34 y 35). Y lo que pretende el autor no es mejorar la relación y la comunicación entre elites representativas y ciudadanía, no está centrado su interés en la mejora de la capacidad de prestación o de elección de los consumidores-ciudadanos. “La hipótesis de la que se parte es de una ciudadanía activa, interesada en los asuntos colectivos no como vía necesaria solo para defender sus intereses, sino como forma de entender la democracia, una

democracia de lo común, relacional y participativa” (p. 41). Para ello J. Subirats explorará dos estrategias.

R. Cotarelo, a quien hemos dejado preguntándose, “de qué sirven las teorías de la democracia”, título de su cap. IV, ante las situaciones *sin salida* a las que nos conducen los problemas internos y externos de nuestras sociedades abiertas que ha repasado, elabora una matizada respuesta revisando las más significativas e interesantes aportaciones a la idea de democracia. Como él mismo expone: “En resumen, la crítica a la democracia suele hacerse en dos términos: a) negándola de raíz y pretendiendo sustituirla por algún otro sistema en que las decisiones las tomen otras instancias ajenas a la mayoría, y b) entendiendo que tienen defectos, que no es una *verdadera* democracia. Ningún demócrata aceptará la primera forma de la crítica ni rechazará la segunda. La democracia, como régimen de la sociedad abierta, es perpetuamente mejorable y empeorable porque no hay un criterio único de verdad y las opiniones de las mayorías cambian tanto como las mismas mayorías” (p. 54). Por lo que se dispone a verificar las teorías que explican y/o justifican la democracia, considerando que se pueden agrupar en dos grandes apartados: teorías descriptivas y explicativas, y teorías normativas. Entendiendo que las primeras se refieren sobre todo a los arreglos institucionales y la forma en que se abordan, citando las más importantes corrientes (desde los elitistas a la de la poliarquía de Dahl, junto a otros pluralistas, institucionalistas y neo institucionalistas, las del conflicto de Dahrendorf, el neo-corporativismo; la cibernética, y hasta la democracia de audiencia de Manin), concluyendo que “en el fondo, estas teorías descriptivas se integran dentro del gran horizonte funcionalista, cuyo esquema teórico se ha hecho invisible pero sigue actuando”. Observando, prosigue nuestro autor, que en todas ellas está ausente la idea de cambio (como en el funcionalismo). En todo caso, la sociedad abierta engloba las visiones funcionalistas, pero no se agota en ellas. “Su elemento de apertura y escepticismo acerca de la verdad le permite tolerar (y beneficiarse) de otro grupo de teorías, las normativas, las que pretenden no solamente explicar la sociedad sino cambiarla en función de unos criterios de verdad que postulan como superiores y tratan de imponer a la sociedad abierta, que admite todos los proyectos excepto los que se valen de la violencia, incluso los contradictorios” (pp. 56-57). Al considerar las teorías normativas se hace referencia a las de carácter dialógico (citando a Habermas), las participativas (Pateman) y las cosmopolitas (Held); las tres hacen propuestas concretas mediante cambios que conseguirían democracias mejores (no perfectas), de acuerdo con criterios normativos que tienen una importante carga moral. Analizando el autor cada una de ellas, y concluyendo que “si hubiera que construir un tipo ideal weberiano de democracia sobre el esqueleto procedimental de la regla de la mayoría (que es condición necesaria, aunque quizá no suficiente, para la democracia), este apuntaría a un orden participativo, discursivo y con una racionalidad de validez universal.” Y añade: “Es posible que jamás se alcance ese tipo ideal, pero parece razonable pensar que el camino hacia él es la sociedad abierta, capaz de enfrentarse

a situaciones imprevistas (como las tres que se analizan en la segunda parte de este libro) y salir airoso de ellas” (pp. 59 y 60).

La primera situación que enfrenta el autor es “La búsqueda discursiva de la verdad: el 15-M”; acontecimiento que en el libro de J. Subirats también tiene, si no capítulo, sí un tratamiento detallado en su cap. III, “¿Otra política? Movimientos sociales, Internet y política”; es la primera estrategia que explora el autor. Ahí, partiendo del hecho de que a la sombra de las TIC crece sin parar la realidad y el entramado cívico y asociativo, haciendo surgir nuevas comunidades reales o virtuales, desarrollando nuevas identidades, nuevos espacios o esferas públicas, incrementando la deliberación política y reforzando las nuevas autonomías sociales. En ese contexto observa J. Subirats el 15-M, del que destaca, en apretado resumen, su capacidad para congregarse a muchas personas que “de manera individual, social y familiar, habían llegado a un punto de saturación sobre su malestar y se sentían poco o nada representados por partidos, sindicatos y demás canales altamente institucionalizados” (“no nos representan”) (p. 46). Insistiendo en que el ataque que dirigen a los políticos es doble, como las formas de la representación, con la delegación (no hacen lo que dicen) y con el parecido (no son como nosotros); pues lo que exigen es más transparencia y más presencia directa de la ciudadanía, sin que todo ello tenga que pasar por lobbies, sindicatos, patronales. Mucha gente, opina nuestro autor, empieza a darse cuenta que poco puede esperarse de un sistema político y de unos partidos que son meros ejecutores de las políticas neoliberales —no sólo europeas— que producen más pobreza y un deterioro general de las condiciones de vida de amplias capas de la población; y, en cambio, lo que ha permitido Internet, a coste muy reducido, es conectar cabreos y acciones. Para Subirats lo que está en crisis es la propia lógica de la intermediación y el conjunto institucional que se deriva de esa arquitectura representativa; todo lo que parece conducir a “nuevas formas de pensar cómo vivir, como hacer política y cómo tomar decisiones” (p. 55).

El análisis que hace R. Cotarelo es más pormenorizado en este punto, dedicando especial atención a las causas económicas y políticas de carácter internacional que desencadenan la crisis, al tipo de movimiento que se construye al hilo del 15-M, exponiendo con detalle sus reivindicaciones (quizá para deshacer el tópico que acusa al movimiento de no haber sabido articular demandas concretas) que son ponderadas en su contexto, también observa el amplio apoyo social que tienen las peticiones que formulan; en apretado resumen. Llegando a una conclusión que nos permitiría ubicar al autor del lado de los ciberoptimistas, pues al final del cap. afirma: “la misma estructura de la red condiciona el tipo de actividad que posibilita. Siendo la red la forma actual del ágora, el debate en ella es abierto; la participación, sin barreras; y su acción, ..., democrática y abierta. El ciberespacio, que es inclusivo, facilita mucho el logro de algunas de las reivindicaciones del 15-M, singularmente la transparencia, el control de los políticos y mayor y mejor democracia. Es tal su fuerza de atracción que tanto los partidos como los políticos individualmente considerados creen imprescindibles su presencia en él. Los políticos tienen blogs,

páginas en Facebook, cuentas en Twitter; los partidos tienen páginas webs,.... De este modo, la política se hace hoy fundamentalmente en el ciberespacio” Y aún concluye:” La sociedad abierta es virtual; la sociedad cerrada, no” (p. 87). Consideraciones que, en nuestra opinión, aún requieren de un tiempo mayor para consolidarse, para ver qué sucede con todo ello, para ver si realmente consiguen abrir más las sociedades, hacerlas más dúctiles a las demandas de la ciudadanía; para ver si las tecnologías no se muestran, como parece, esquivas con los sectores más necesitados de los bienes comunes, de los espacios públicos.

La “¿democracia directa? Democracia y participación ciudadana” es lo que se plantea J. Subirats en su cap. IV, al comprobar cómo la extensión y generalización de Internet y la hiperconectividad vuelven a hacer presentes estos temas, cita el autor, en el célebre discurso de B. Constant sobre la libertad de los <antiguos> y de los <modernos>, entre otros teóricos como Stuart Mill o R. Dalh, que apelan al tamaño de la población llamada a reunirse y a participar, y a la naturaleza de los problemas a tratar. Aspectos que las nuevas TIC pueden empezar a soslayar, considerando el preciso valor de la deliberación. Todo lo que conduce, en nuestra opinión, a la parte más desiderativa del texto de J. Subirats, pues imagina un sistema en el que las decisiones “fueran sometidas al referendo directo de toda la ciudadanía con derecho a voto, utilizando los instrumentos que ofrecen las TIC y sus desarrollos futuros.” Y continua: “Se dibuja así un sistema en el que el voto directo no se produciría sin mediación y deliberación. No hablamos por tanto de una democracia plebiscitaria. El voto directo contaría con la imprescindible mediación partidista y social,...” (p. 61). Aunque no deja de reconocer los problemas que se desencadenarían, como el que los partidos tendrían que trabajar mucho en red, con voto directo de la ciudadanía sin la intermediación de las instituciones representativas tradicionales. Siendo, la falta de preparación de la ciudadanía para enfrentar la complejidad de los temas que hoy nutren los debates legislativos, probablemente, el problema más de fondo; aunque dichos problemas también están presentes en la democracia, digamos, convencional; según considera J. Subirats. Quien concluye en este crucial aspecto afirmando que “ya no es posible hablar de renovación de la política, ni replanteamiento de las políticas sin incorporar no solo Internet y lo que significa, sino también el gran cambio tecnológico que en poco tiempo han cambiado nuestras vidas” (p. 65). Y el autor continua, en “El espacio de lo común. Democracia e innovación social”, el siguiente cap. V, afirmando que además no podemos limitarnos a hablar de partidos e instituciones representativas, cuando hablamos de política y democracia, es preciso incorporar la nueva realidad social que se configura con el cambio tecnológico. Aquí aparece la grata idea de los bienes comunes, universales, que son vitales e insustituibles, como el aire, el sol o el agua; a los que se pueden añadir otros, añade nuestro autor, como el lenguaje, la educación. Abundando en consideraciones sobre lo común, que parte de la idea de inclusión, que rompe con la visión individualista, entre otras consideraciones que llevan hasta el Premio Nobel de Economía de 2009, Elinor Ostrom, exponiendo

algunas ideas sobre lo común de su libro *Governing the Commons*. De esa forma, incorporando algunas otras argumentaciones, entiende J. Subirats que “extender lo común, puede permitir extender, ampliar las salvaguardias de una mayor autonomía social en que las potencialidades tecnológicas ya mencionadas puedan desplegarse....Con un rol del Estado de naturaleza muy distinta a la actual. Más de garantía que de jerarquía. Más de colaborador que de decisor” (p. 80). Con lo que también se puede considerar que se sitúa en el lado de los ciberoptimistas, aunque quizá algo más moderado dadas las dificultades para que la idea de lo común se extienda, haciéndose de interés para una ciudadanía que así es vista en el siguiente capítulo.

Pero que en cierto modo, toda esa visión choca, puede decirse, con lo que en parte sucede en el mundo, precisamente, de la información y la comunicación, según se observa en “La verdad y la mentira: el caso Murdoch”, el cap. VI del texto de R. Cotarelo, quien aprovecha las peculiaridades que, en Inglaterra, aparecieron en razón de las *trampas* (pinchazos telefónicos, sobornos a policías) que el periódico *News of the World* había estado haciendo para alimentar las informaciones *amarillistas* que publicaba, viéndose implicados desde el entonces reciente primer ministro, D. Cameron, hasta el dueño de la cabecera, R. Murdoch, además de su hijo y otra serie de colaboradores, que no tuvieron escrúpulos, al parecer, para utilizar todo tipo de artimañas, legales o no, para publicar escándalos, noticias sensacionalistas que en ocasiones hasta llevaron a la muerte a algunos personajes. Todo lo que permite a R. Cotarelo, defender la bondad del sistema mediático, con todas sus desvergüenzas, ya que está sometido a libre competencia, a pesar de la desafección que crea en el ciudadano común. Siendo como son “los elementos esenciales de la lucha más importante que se da en la sociedad democrática, que es la de la hegemonía ideológica” (p. 97). No pudiendo establecerse una “verdad única, sino que en el mejor de los casos es la suma de todas las verdades expresadas en libertad e igualdad” (p. 98). Si bien, hacia el final el autor reconoce el pesar que también le produce el “Que los medios se empleen para mentir, manipular, injuriar y difamar es bastante desagradable en sí mismo, pero que encima eso se haga no por ofuscación política, ideológica o sentimental, sino por mero cálculo de costes beneficios, resulta repugnante.” (p. 105).

De ese modo, frente a manipulaciones tan obvias y groseras como las que se observan tras el caso R. Murdoch, parece más difícil atender a la ciudadanía que propugna, siguiendo con la coherencia de su discurso J. Subirats, quien aspira, conforme explica en el cap VI que cierra su libro, a un nuevo entendimiento de la ciudadanía, “desde la acción, desde el desarrollo pleno de la autonomía de cada persona en el marco de su comunidad de referencia, desde el espacio de lo común, más que desde la estática adquisición de unos derechos relativamente vaciados de contenido” (pp. 89-90).

R. Cotarelo, por su parte, debate sobre “Lo público. Lo privado y lo secreto: Wikileaks” en el cap. VII con el que concluye su obra, donde después de narrar lo sucedido con el caso de Julian Assange (aún pendiente) y con la publicación, en cinco prestigiosos periódicos (en España, El País) de los

mensajes considerados secretos entre las embajadas estadounidenses de todo el mundo, pone de manifiesto que a través de este caso “se ha hecho realidad el postulado democrático tantas veces...mencionado de la identidad entre gobernantes y gobernados”, donde la sociedad abierta posibilita la denuncia de estas fechorías, no con su realización. Llegando a una conclusión donde entre otras afirmaciones expone: “La sociedad abierta es una conquista de la humanidad y, por malos o turbios que sean los tiempos, acabará imponiéndose, porque forma parte de uno de los elementos de lo sublime, según Kant, el de la ley moral, que todos los seres humanos llevamos en el corazón” (p. 123).

En definitiva, dos textos, como se puede observar, bastante paralelos en sus reflexiones y alcances, con sus lógicas divergencias, que pueden permitir, sin gran esfuerzo, comprender mejor nuestras complejas sociedades del presente, sumidas en crisis, atendiendo a aspectos que con frecuencia no son tenidos en cuenta, como son, su pertenencia a la categoría de sociedades abiertas tras el deseable, en opinión de J. Subirats, reforzamiento de lo común. Seguro que quien emprenda la labor de leer los libros aprenderá mucho, también sobre la democracia que tanto nos interesa.

No se trata, por tanto, de dos de los habituales contertulios que opinan sobre cualquier tema que se presente, salvo excepción, sin gran mérito ni preparación, que generalmente adelantan y trasladan la opinión de los partidos políticos convencionales a los espectadores que, pasivamente, observan cómo se sigue degradando el instrumento —la política— con el que se pueden encontrar salidas ante la crisis, ante los problemas cotidianos que afrontamos; degradación que contribuye a crear más desafección por los procedimientos y los usos de la democracia, efecto que también puede interesar a algunos de los dirigentes que ocupan posiciones de poder pues, de esa forma, creen que su posición no peligrará.